

AMENAZA SOBRE CHIPRE

El referéndum republicano de Grecia parece tener una consecuencia grave: los partidarios de la «Enosis» —la fusión de la isla con Grecia—, dirigidos por el general Grivas, tratan de acelerar su movimiento de violencia para aprovechar un momento en que los gobernantes de Atenas podrían decidir una operación que les fuese favorable. En el último fin de semana de julio estallaron más de sesenta bombas en comisarías, fábricas, tiendas o viviendas de personas contrarias a la «Enosis»; se ha intentado matar al arzobispo Makarios, y el golpe más sensacional ha sido el secuestro del ministro de Justicia, Christos Vakis: unos hombres armados y con la cara tapada se lo llevaron diciendo que «el jefe quería hablar con él» (se supone que el jefe es el general Grivas, a cuyas órdenes sirvió Vakis durante la resistencia contra la ocupación inglesa). Las operaciones de Policía y Ejército para hallar al ministro secuestrado han sido, hasta la hora del cierre de estas páginas, inútiles. Hay un contraterrorismo, el de los partidarios de Makarios, que atacan a los de Grivas, a pesar de las órdenes de moderación del arzobispo.

Grivas volvió clandestinamente a Grecia hace año y medio; se cree que protegido y alentado por el Gobierno griego. Desde entonces vive en la clandestinidad, preparando el momento de la toma del poder. Se teme que ese momento ha llegado ya y que los ataques y amenazas sean el preludio de un levantamiento general, que pudiera ser aprovechado por Atenas para una expedición «de pacificación» que sirviese en realidad de ocupación; no parece que una aventura de ese tipo, que enfrentaría una vez más a Grecia con Turquía y sería grave en el seno de la OTAN, pueda ser permitida por los aliados militares de Grecia y Turquía en el Pacto Atlántico, y menos por los Estados Unidos, a cuya sombra protectora vive el régimen griego. Tampoco sería el momento psicológico, dada la pérdida de prestigio en la opinión pública que supone el desistimiento de Constantino —que se presenta como un defensor de la moderación y de la democracia— y el referéndum, que no ha inspirado ninguna credibilidad. Es, por lo tanto, de suponer que

Grecia no aceptaría la provocación organizada por Grivas, pero que vería con buenos ojos, y aun ayudaría, que Grivas tomase el poder e implantase un régimen chipriota que más adelante, en paz y con diplomacia, llegase a unirse con Grecia.

Makarios se mantiene firme, como lo viene haciendo desde años atrás. Recientemente redujo al estado laico a los tres obispos rebeldes del «gran sínodo», que se habían opuesto al régimen del arzobispo. Y ahora, a pesar de la ola de terrorismo, ha celebrado las elecciones para cubrir el puesto de obispo de Pafos, en sustitución de uno de los represaliados. En un discurso ha anunciado que está dispuesto a enfrentarse con el terrorismo sin la menor debilidad, pero en cierta forma ha tendido una mano a Grivas al decir que no cree que una persona como el general sea capaz de aprobar este estado de violencia. El historial del general no refrenda estas palabras. Aunque la verdad es que las bombas colocadas hasta ahora no han producido ninguna pérdida humana: están colocadas cuidadosamente para no producir más que daños materiales.

Un factor importante es la presencia de «casco azul» de las Naciones Unidas. Están en Chipre para mantener el orden entre las distintas comunidades; tendrían que intervenir en caso de un levantamiento del general Grivas, pero probablemente no lo hicieran si éste tomase el poder por golpe de estado, sin derramamiento de sangre. En caso de operación militar desde Grecia, los soldados de las Naciones Unidas tendrían que enfrentarse a las tropas griegas, y se crearía una situación internacional grave. Es un factor más para creer que Grecia va a abstenerse de nada que sea demasiado ostensible.

* * *

Escrito antes de todos estos sucesos, el reportaje de Domingo del Pino que publicamos a continuación da una información de fondo sobre Chipre y su situación política que nos parece de gran utilidad documental en estos momentos.

EL PRESIDENTE

Con el genio y la figura de un príncipe del Renacimiento florentino, el arzobispo Makarios dirige hace veintitrés años los destinos de la Iglesia y la nación chipriotas. En esta república de monasterios y fábricas, popes y seglares, aplauden con igual entusiasmo a un hombre que además de la jerarquía magnífica y digna que le confiere el Arzobispado de Chipre, puede equipararse a los modernos conductores de masas. Con el viejo estilo de gestos solemnes y palabras mesuradas de los Reyes, con el señorío y la elegancia del representante de una de las iglesias más antiguas del mundo, Su Beatitud el arzobispo Makarios mueve hoy un pueblo combatiente y expresivo. Lo terrenal y lo religioso forman un todo en la personalidad de este hombre de Estado y de iglesia: se complementan, pero no se sustituyen. Tiene intuición política y habilidad para los asuntos cortesanos, pero con el margen de imperfección de los políticos seglares para quienes las cosas no resultan tan perfectas como las del cielo. Su conducta, su pensamiento central e invariable y la expresión de éste va adornada de un complejo tejido de ideas simultáneas; de la misma manera que el tronco de las columnas bizantinas o las fachadas de los templos góticos se protegen con las filigranas y estatuas de una arquitectura por esencia recargada. Es la inteligencia compleja que controla las coordenadas de una situación compleja.

Makarios nació en 1913 en Panayia, una aldea del distrito de Paphos, en la región donde la mitología griega asegura que surgió de entre las aguas azules del Mediterráneo el cuerpo blanco y desnudo de la diosa del amor, Afrodita.

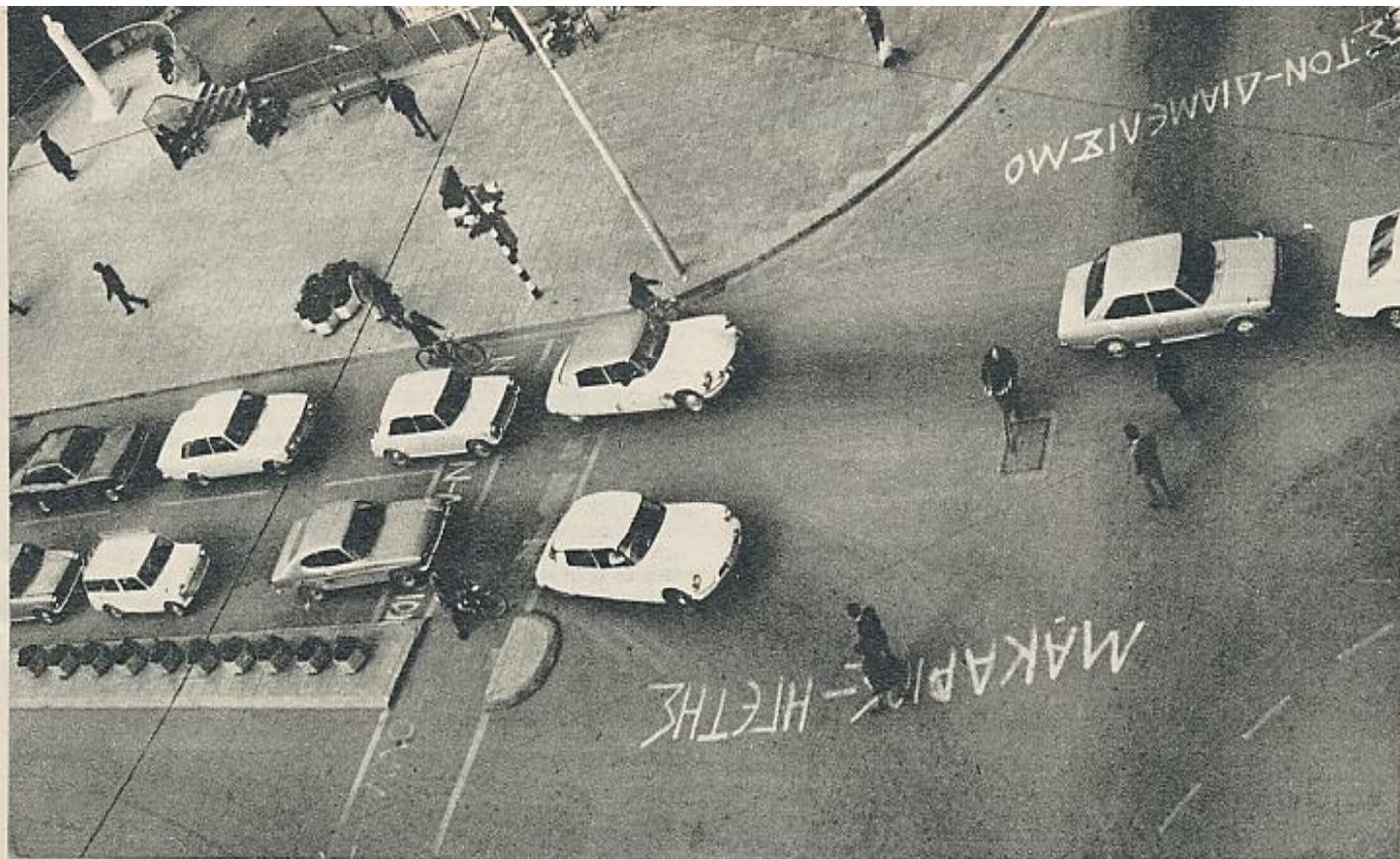
Hijo de pastores que, a los trece años, le envían como novicio al monasterio de Kykkos, uno de los más ricos de la Iglesia ortodoxa.

En 1948 era ya obispo de Kitio, y desde octubre de 1950, arzobispo y etnarca de Chipre. Fundó organizaciones políticas contra el colonialismo británico y, una vez agotados los recursos diplomáticos, colaboró o dirigió políticamente la Organización de Combatientes chipriotas EOKA, que comandaba en el terreno el general George Grivas (Dighenis, su nombre de guerra), hoy el principal opositor de Makarios. Ha recorrido numerosas capitales del mundo exponiendo el caso de Chipre; de América Latina visitó Panamá, Uruguay, Chile, Ecuador y Colombia; ha conocido el exilio y la aclamación entusiasta de su pueblo. Al asumir el 8 de febrero de 1973, por elección plebiscitaria, su tercer mandato presidencial, Makarios enfrenta una situación extremadamente complicada en la isla, sobre la cual inciden los designios de las grandes potencias imperialistas.

En primer lugar existe un problema con la minoría turco-chipriota (el 18 por 100 de la población), que vive segregada en sectores turcos —dondequiera que esto es posible—, regida por un gobierno turco prácticamente autónomo, sepa-



El arzobispo Makarios: genio y figura de un príncipe del Renacimiento florentino.



Nicosia, calle Ledra, en pleno centro, con propaganda pro Makarios en el suelo.

rada por barricadas de los griego-chipriotas.

Un contingente militar griego y otro turco protegen a cada una de estas dos comunidades. Desde los sucesos de 1963, la ONU mantiene en Chipre un contingente de más de 3.000 hombres que se supone protege a los unos de los otros y trata de propiciar el diálogo inter-comunitario.

El diálogo existe, en efecto; pero las posiciones parecen irreductibles, y las discusiones a veces resultan bizantinas. Aunque dentro de la comunidad turco-chipriota empiezan a soplar vientos de modernización y existe una base juvenil que mira hacia un futuro común más progresista, este sector se retrae aún ante la mayoría. La situación en la comunidad griego-chipriota es más compleja. La presencia en la isla del ex general George Grivas, que mantiene un contingente comando de unos mil hombres, partidario a ultranza de la «Enosis», que hoy se traduce en la unión nada atractiva con la Grecia de los coronales, es causa de una preocupación adicional. Grivas, anticomunista acérrimo, acusa al arzobispo de estar apoyado por los comunistas locales.

A pesar del aplastante triunfo de Makarios en las pasadas elecciones de febrero, del respaldo popular que recibiera, del aparente abandono de Grivas por Grecia, por lo menos en las declaraciones oficiales, el general es todavía una figura histórica en la isla: una calle lleva su nombre en Nicosia; un obelisco a la entrada de Trikomo, su pueblo natal, da la «bienvenida a la tierra de Grivas» a los visitantes, y los letrados de «Enosis», las banderas griegas y los «affiches» del general en uniforme de campaña usado contra los británicos, se encuentran por todas partes. Makarios, cuya reputación política

DOHINGO DEL PINO



La parte griega de la capital chipriota.

ya está hecha, ha ofrecido al general que salga de la clandestinidad, abandone los métodos violentos y haga una oposición legal. A esta aparente debilidad del arzobispo se oponen los hombres de acción que apoyan a Makarios y que quisieran verle tomar una actitud más radical. Pero el arzobispo tiene también problemas en materia religiosa: el Santo Sínodo de los Obispos de Chipre le ha vuelto a pedir que renuncie a la Presidencia y se ocupe sólo de la Iglesia. Makarios ha respondido que no puede negarse al llamado del pueblo que le demuestra esa confianza y fidelidad. El exaltado obispo de Kition, que más o menos mueve a los otros dos, le respondió abruptamente que a ellos «les importa un comino lo que diga el pueblo; que sólo les interesa lo que diga la Iglesia». Cuando Makarios reiteraba ante una inmensa muchedumbre, venida a aclamarlo el 8 de febrero, que «le hubiera gustado poder renunciar, que eso sería más cómodo para él, pero que cómo hacerlo, cómo negarse a seguir combatiendo cuando el pueblo se lo pide», de entre la masa le gritaban: «Muera el obispo de Kition».

Makarios es el arzobispo, el emperador, el presidente, la representación y síntesis de una cultura de cinco mil años, el heredero de todas las tradiciones de la Iglesia autocéfala ortodoxa de Chipre. Hasta los partidos políticos —el comunista, pacífico, pero organizado y numeroso, que encabeza Papaloannou, un ex combatiente de la guerra de España, o los radicales y de acción, como el del doctor Vassos Lyssarides, que cuenta con un ejército privado de más de 500 hombres— parecen existir y vivir con la bendición —y gracias a la bendición— del arzobispo, y sus existencias resulta difícil imaginarlas fuera de la órbita protectora de

AMENAZA SOBRE CHIPRE

la política propugnada por el Presidente Makarios.

Inglaterra conserva tres bases militares en la isla, estratégicamente situadas, como parte integrante de la OTAN. Con la Policía nacional hay dos Policías, una griego-chipriota y otra turco-chipriota, que deja ocupar y desarmar a 19 estaciones por los grupos armados de Grivas sin el menor intento de defenderse, no parece que pueda encontrarse en ningún momento decisivo. Las comunidades hoy dialogan, pero se temen, se recelan y se espían, y los inconvenientes de la segregación impuesta por los turcos, con todos sus inconvenientes para el desarrollo normal de la vida del país, es de por sí una anomalía explosiva. Chipre, sin embargo, ha vivido en estas circunstancias delicadas desde hace más de un cuarto de siglo.

GRIEGO-CHIPRIOTAS, TURCO-CHIPRIOTAS

Se ha dicho que el Medio Oriente o el Cercano Oriente, como le llamaban los británicos tal vez porque en él tenían las colonias más próximas a Londres, es una región de minorías.

En ninguna otra parte del mundo, en tan poco espacio geográfico hubo un trasiego tan grande de pueblos, opresores cuando dominan, errantes cuando son dominados, aposentados los unos entre los otros, buscando pedazos de tierra.

La isla de Chipre, que parece rebotar en las cálidas aguas del Mediterráneo, con una civilización de más de cinco mil años de edad, última escala entre Europa y Asia, centro cultural y comercial floreciente del pasado, eslabón estratégico para la OTAN en el presente, no ha escapado a una regla que dice —generalmente sin razón— que las minorías mandan.

Con 9.259 kilómetros cuadrados de extensión y 650.000 habitantes, Chipre parece la mínima partición del globo que puede entregarse a los hombres para vivir en paz y crear. El Chipre de hoy, el de siempre, en realidad está muy lejos de esa comodidad paradisíaca a la que la isla invita. Sus habitantes, griego-chipriotas en un 72 por 100 y turco-chipriotas en un 18, conviven hoy en las condiciones más anómalas y complicadas del mundo.

La historia del conflicto que opone a las dos comunidades es compleja por la multitud de factores externos que inciden sobre ella.

Los turco-chipriotas son los descendientes de los soldados turcos que permanecieron en Chipre después de que el Imperio Otomano se viera obligado a retirarse de la isla al cabo de tres siglos de dominio.

Desde 1878, en que Inglaterra llega, vivieron en la isla marginados, bien es cierto, de los problemas vitales de ésta, que por aquel entonces se centraban en la lucha contra el colonialismo británico. Ningún conflicto de peso había surgido en-

tre las comunidades hasta que Gran Bretaña introduce a Turquía, en 1955, como parte interesada en la vida de los chipriotas, turcos y griegos.

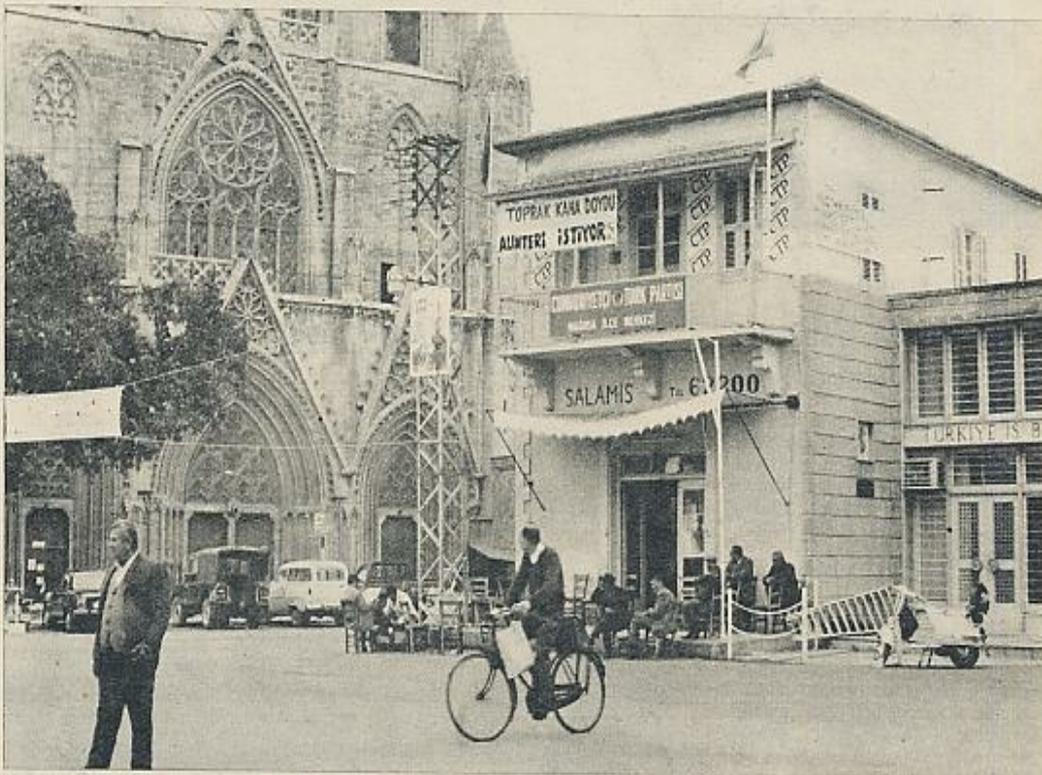
La minoría turca, como casi todas las minorías del Oriente, aprovecha las circunstancias difíciles por las que atraviesa la mayoría para obtener ventajas, y de una manera general colabora con la potencia colonizadora. Cuando Inglaterra se ve forzada a conceder la independencia a Chipre tras una larga y heróica lucha del pueblo chipriota, gracias a la intervención de Turquía y a los deseos británicos de favorecer a su vez a la co-

puestos y se ocupará de las cuestiones religiosas, educacionales y culturales de su propia comunidad; la administración debe componerse de un 70 por 100 de griegos y 30 por 100 de turcos; el ejército debería ser en un 60 por 100 griego y un 40 por 100 turco; se establecen municipalidades separadas en las cinco principales ciudades de la isla; se dispone que en caso de reforma agraria, las tierras nacionalizadas sólo podrán distribuirse entre los miembros de la comunidad del propietario de la tierra tomada por el Estado, y otras muchas cláusulas que tienden a la segregación de hecho de las dos comunidades.

En 1963, a sólo tres años de la independencia, estallan unas violentas luchas intercomunitarias resultado de la imposibilidad de aplicar la Constitución de 1960. La inter-

El problema se había vuelto más complejo desde 1957, con la entrada de Estados Unidos en liza, que se desentiende del problema chipriota real y lo enfoca dentro del marco de la estrategia y los intereses de la OTAN. Después de 1963, cada comunidad ha recibido un contingente militar: los griego-chipriotas, de Grecia; los turco-chipriotas, de Turquía, y Naciones Unidas ha enviado a una fuerza adicional para buscar la reconciliación. Hoy se ha establecido un diálogo en el que a decir verdad no hay muchas esperanzas.

Los puntos de partida para dialogar son sencillos en sus fundamentos básicos de hoy, pero en la práctica de las transacciones, las conversaciones se vuelven de un bizantinismo sin igual. En esencia, los turco-chipriotas sostienen que



Famagusta, de la catedral gótica al café turco sin transición.

unidad turca, se obliga a los griego-chipriotas a aceptar una Constitución —la Constitución de 1960, elaborada en Gran Bretaña— que condiciona el futuro de la República de Chipre.

En ella se sientan las bases, o al menos así lo sostienen hoy los griego-chipriotas, para la idea de la partición de la isla entre las dos comunidades, una teoría sugerida desde 1956 por sir Anthony Eden.

Establece la Constitución de 1960 que el Presidente ha de ser griego-chipriota, y el vicepresidente, turco-chipriota, elegidos cada uno separadamente por su comunidad respectiva; que en el Consejo de Ministros deban figurar siete griegos y tres turcos; se oficializan las dos lenguas turca y griega, se les da al Presidente y al vicepresidente el derecho a vetar cualquier acuerdo internacional o disposición considerada lesiva para la otra comunidad, cada comunidad tendrá su propia cámara comunal, recaudará sus im-

posición de intereses foráneos griegos y turcos, la actitud divisionista de la administración colonial británica, son, en gran medida, culpables de la imposibilidad de entendimiento serio de las dos comunidades, que de todas maneras mantienen, ferozmente podría decirse, cada una su propia identidad.

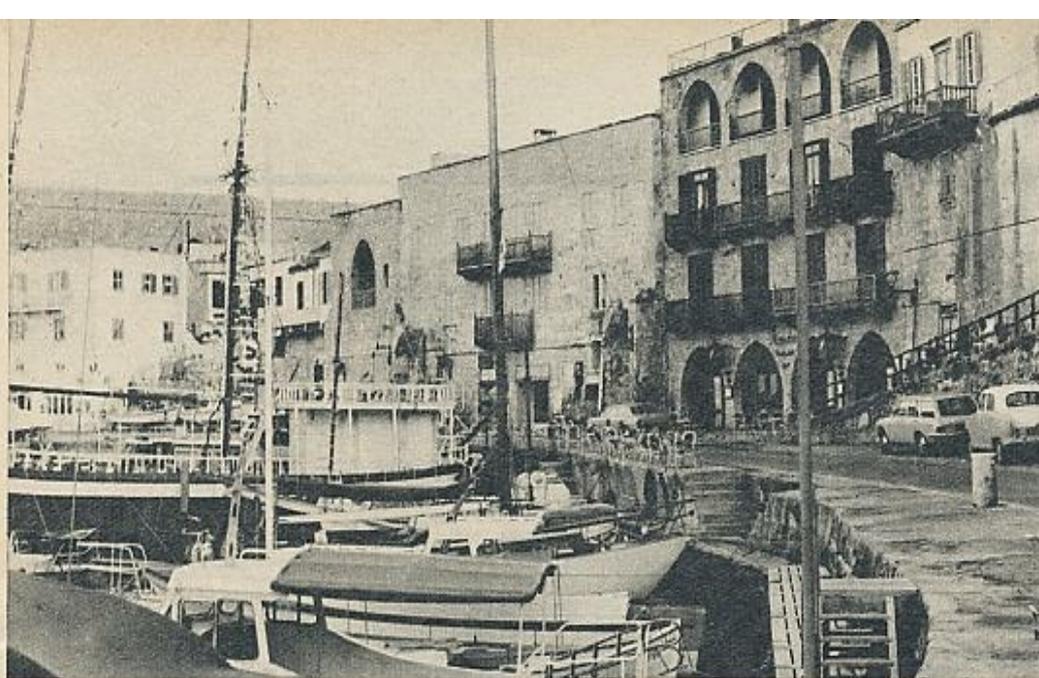
Los griego-chipriotas hablan griego, son la religión griego-ortodoxa y se identifican con la tradición helénica; los turco-chipriotas hablan turco, son musulmanes de religión y se identifican con Turquía. La segregación étnica y cultural que mantienen a ultranza impide la aparición de una conciencia política puramente chipriota.

Desde los combates intercomunitarios de 1963, cada comunidad vive prácticamente separada, el país está dividido por «líneas verdes» que separan ciudades, barrios, calles y a veces hasta casas de una misma ciudad.

los griego-chipriotas deben renunciar para siempre a la «Enosis», unión con Grecia, declarar que están por la creación de un Estado y un gobierno puramente chipriotas y de una manera permanente; caso contrario, declaran los jefes de la comunidad turca, pedimos que la isla sea repartida entre las dos comunidades.

Los griego-chipriotas dicen a su vez que aceptan el principio de discutir sobre la base de la creación de un Estado chipriota y permanente, pero entonces los turco-chipriotas dicen que la forma en que declaran esto no es lo suficientemente convincente, y se apoyan para sus argumentos separatistas en la división sembrada en la comunidad griego-chipriota por el general George Grivas, clandestino y con grupos armados, y solicitando la «Enosis» a toda costa.

El Presidente Makarios propuso en noviembre de 1963, cuando los



Kyrenia, un centro de verano.

combates intercomunales, lo que se conoce por «los 13 puntos» de enmienda a la Constitución de 1960, para hacerla más viable. El Presidente Makarios fue reelegido por aclamación plebiscitaria el 8 de febrero de 1973; diez días después, la comunidad turco-chipriota eligió no al vicepresidente del país como debe ser, sino a quien ellos consideran su Presidente.

La segregación está prácticamente consumada en los grandes concentraciones. Sin embargo, es imposible de una manera global a causa de la dispersión de la población turca por la isla.

Las primeras reacciones oficiales después de estas elecciones, en Ankara y Atenas, parecen indicar que nada ha cambiado en las viejas posiciones: sólo Atenas, después de todo, y a pesar de la «Enosis», jamás ha dicho de una manera inequívoca que reivindica la integración de la isla a «la madre Grecia». Como en una partida de ajedrez, donde las piezas comidas constantemente se renovasen, el problema turco-griego sigue adelante. Hoy por hoy, sólo existe una mejor voluntad para negociar.

UNA VISION SENTIMENTAL

Si a la colonización pasada o actual pudiera abrirse proceso, Gran Bretaña permanecería eternamente en el banquillo de los acusados. Los ingleses no sólo le han enseñado a pueblos totalmente normales a conducir por la izquierda, a contar con más dedos de los que hay en las dos manos juntas, a tomar té a las cinco y a jugar al «cricket». Hicieron perversidades mayores, y la vida de hoy en Chipre, resultante del «divide y vencerás» que presidió todas las acciones del Imperio de Albión, corrobora que hay cosas peores que creer en los fantasmas de los castillos escoceses. Para los visitantes, Chipre siempre sonríe, es hospitalaria y acogedora. La gente es amable; el clima, benigno, y sus ciudades —incluida Nicosia, la capital, pequeña, pero extendida—, de ca-

sas bajas y con jardines, asimilan en seguida al extranjero. Las distancias son cortas, y en general, ningún punto está a más de una hora de otro. Una cadena de montañas azules protege a Nicosia; entre sus crestas asoma el «Pentadactilos», o los «cinco dedos» de piedra, un compañero del viaje hacia el Norte. Entre las montañas de Troodos, nevadas una buena parte del año, se encuentran algunos de los pueblecitos —Pedhoulás, Metoullás, Kalopanayiotis— más bellos de la tierra, que cuelgan de las laderas de los valles como plantas trepadoras. En la parte más alta de la montaña, el «Olympus», se oculta entre una espesa niebla casi permanente, como avergonzada de su existencia, una de las bases militares de comunicaciones de Gran Bretaña y la OTAN más importantes del Mediterráneo.

En sus picos encontraron refugio durante la lucha por la liberación del colonialismo británico los combatientes chipriotas; es, curiosamente, la única zona del país donde no hay población turca. En Chipre se encuentran monasterios de una gran riqueza y una belleza poética extraordinaria: alrededor de Panayia, la ciudad natal del arzobispo Makarios, hay varios: Kyko, Ayios Neophytos, Crysorroiyiatis; más al centro de la isla están los de Macheras y Stavrovoun, y al Norte, los de Ayios Philon, Apóstol Andreas. En el Ayios Barnabás, los popes continúan hoy pintando iconos en el estilo antiguo. Más de cinco civilizaciones han dejado su huella en Chipre, que a su vez es cuna y parte de la civilización helénica.

Salamis, que recuerda los tiempos remotos en que el cobre, abundante en Chipre, atraía a los mercaderes del Mediterráneo; los Cruzados, que dejaron un imponente castillo-fuerte en el puerto de Kyrenia; los venecianos, constructores de las famosas murallas y los leones de Famagusta o monumentos góticos, como la catedral Santa Sofía, de Nicosia. Nunca hubo tal vez tanta historia reunida en el espacio reducidísimo de 9.250 kilómetros cuadrados. Pero si para el extranjero todo invita a la evoca-

ción poética, para los chipriotas, con sus dos comunidades —griega y turca— totalmente divididas, recelándose, espiándose y temerosos los unos de los otros, la vida resulta un «limón amargo», para emplear la expresión del poeta inglés Laurence Durrell, que vivió en la isla. Un limón amargo que sembraron los británicos en siglos de colonización. Chipre está lleno hoy de enclaves y zonas turcas, protegidos por barricadas de sacos terreros o barriles de latón, con controles de entrada y salida, en los cuales policías turcos preguntan la nacionalidad del visitante y no permiten que ningún griego-chipriota —que tampoco se aventura a entrar— pase.

Los «casco azul» de la ONU patrullan constantemente en sus «jeeps», que no apagan las luces ni durante el día, mientras que a la entrada de los barrios turcos, además de la Policía y el ejército puramente turcos, vigilan con anteojos desde torretas de madera los «onusinos», como si estuvieran en guerra. Pero las guerras de la ONU son todas así de pacíficas y aparatosas, y en el peor de los casos, esos valientes muchachos de «boina azul», porque es boina y no casco lo que usan en Chipre, venidos de Suecia o Canadá, pasan tranquilos sus fines de semana cogidos del brazo de sus hermosas compatriotas, saturándose de historia de este país milenario, comprando vajillas de porcelana y objetos típicos de Chipre con los privilegios y las exenciones de los diplomáticos. La segregación intercomunitaria tiene a veces aspectos tragicómicos: la iglesia gótica de Santa Sofía quedó en el sector turco de Nicosia; hoy es mezquita donde no pueden entrar los nativos griegos; sus reclinatorios medievales han sido sustituidos por alfombras turcas para orar sentados en cuclillas o de rodillas; los altares se han trocado en «minhrabs», y el evangelio de la misa, en los «hablths» del Profeta. El barrio antiguo de Famagusta, donde se instalaron los turcos, está también prohibido a los griegos, y en los pasos de sus murallas venecianas se han instalado casillas de madera turcas que con-

trolan la entrada de visitantes. Para ir de Nicosia a Kyrenia, a sólo 20 kilómetros de distancia, hay que atravesar un enclave turco; los griego-chipriotas no pueden cruzarlo solos. Cada cuatro horas, un «cow-boy» de la ONU escolta y protege a los griegos, que van de un lado a otro. A la salida de Nicosia y Kyrenia se organizan diariamente —en la temporada estival mucho más— largas colas de automóviles que esperan la hora cuarta en que la caravana onusina se pondrá en marcha. Existe una carretera griega que contornea el enclave turco, pero que alarga el viaje en dos horas.

Hay carreteras paralelas, a veces a menos de cien metros una de otra, la una por el sector turco, la otra por el griego. En Nicosia basta atravesar una calle para pasar del mundo helénico al otomano. A las estatuas de corte griego sucede sin transición la de Kemal Atatürk, el reformador y padre de la Turquía moderna; los campanarios de las iglesias ortodoxas se sustituyen en el paisaje de los tejados por las cúpulas oblongas de las mezquitas turcas; de repente, los letreros, las conversaciones son ahora en turco y toda traza de griego queda borrada como por arte de magia; hasta los mimetismos habituales del hombre cambian radicalmente de un lado a otro: Nicosia griega, con sus embotellamientos automovilísticos; Nicosia turca, sorbiendo tranquilamente ese café espeso y grueso o fumando narguillé con parsimonia en los locales al aire libre. Los retratos de Makarios desaparecen abruptamente para convertirse en Rauf Denktash, el presidente de la comunidad turca, o Berberoglu, su opositor —según se dice— progresista. Hay algo indescriptible, diverso, entre las partes griegas y los enclaves turcos: menos automóviles en estos últimos, una apariencia más modesta, una cierta friesez en el ambiente y un mayor silencio, que, a veces, asombra: hasta la Naturaleza parece cambiar; de pinos y campos roturados y poblados en la parte griega, a palmeras, chumberas, campos menos trabajados y terrenos solitarios en la turca. La incomunicabilidad de las comunidades es grande. Hoy se dialoga tímidamente, las dos partes llenas de prejuicios, suspicacias y temores ocultos. No se descarta la posibilidad de una guerra civil, y los intereses foráneos, la OTAN principalmente, perjudican la posibilidad de compromiso intercomunitario. Chipre es un país eminentemente occidental y capitalista, pero por razones objetivas existen entre los griego-chipriotas fuerzas progresistas considerables y un partido comunista numeroso con vida legal.

Del lado turco se empieza a sentir el eco de una juventud que piensa en el futuro y se distancia —aunque sometida a fuertes presiones en sentido contrario— de los mandarinés tradicionales de gruesos bigotes. Se sabe que el futuro de la isla está fuertemente ligado a la evolución del Mediterráneo en su conjunto: sin embargo, internamente, estas fuerzas son tal vez la única esperanza de que junto a los limones amargos se siembran peras y naranjas. ■ D. DEL P.